

NUNCA ESTAS COMPLETAMENTE SOLO 2 Timoteo 4:16-18

Muchas veces nos hemos sentido solos cuando más necesitábamos de los demás. Esto es triste y frustrante y hasta puede llevarnos a la idea de dejarlo todo porque pensamos que ya no vale la pena nada. Es muy duro estar solo en momentos críticos de la vida; es triste ver que todos los que son tus más cercanos, tus más íntimos, te abandonan y te dejan a tu suerte o te traicionan. Es muy triste también ver cómo aquellos a quienes más ayudaste en sus necesidades, a quienes acompañaste en sus momentos más difíciles, de repente te dejan. Esto nos puede llevar a una depresión tan profunda que no nos permita pensar claro para tomar decisiones y podríamos tomar entonces las más equivocadas, las peores.

Los médicos y los psicólogos saben que la soledad no deseada y prolongada no es buena para la salud mental porque viene asociada con depresión, estrés, ansiedad y hasta falta de autoestima; pero la soledad deseada y prolongada tiene el mismo efecto. Mucha gente experimenta una sensación de vacío casi insoportable y muchos de ellos tienen hasta pavor de ese sentimiento de soledad. Es cierto que a veces queremos estar solos, pero aquí estoy hablando de algo que es prolongado. El Apóstol San Pablo pareciera que está experimentando algo de esto. Veamos lo que nos dice la Palabra y veamos si hay solución al respecto.

Para ubicarnos en el contexto de la Carta, veamos también lo que estaba pasando en ese momento de la historia. El Apóstol San Pablo está escribiendo lo que sería su última Carta y la está escribiendo a su *hijo* en la fe Timoteo, uno de sus dos discípulos favoritos (el otro fue Tito), en quienes invirtió mucho tiempo; invirtió su vida en ellos; Pablo nos enseña que el que discipula invierte su vida en su discípulo, tal como lo hizo su Señor y Maestro Jesucristo. Pablo siente que su final está cerca: *“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”* (vv.6-7). Poco tiempo después de escribir esta Segunda Carta a Timoteo, Pablo moriría en Roma a manos del perverso emperador Nerón. Eusebio de Cesarea, quien fuera obispo de Cesarea y quien es conocido como el padre de la historia de la Iglesia, dice que Pablo fue decapitado en Roma y que Pedro murió crucificado de cabeza también en Roma y también a manos del malvado emperador Nerón.

Debido a que Pablo está próximo a ser martirizado por causa del Evangelio, espera que Timoteo mantenga el rumbo y continúe la batalla de la fe. Pero ahora Pablo se siente solo y abandonado a su suerte, es más, hasta parece que Timoteo también lo quiere dejar y por eso escribe la Carta (2Ti. 1:6). Pablo quiere animar a Timoteo para que siga adelante.

“En mi primera defensa nadie estuvo de mi parte. Más bien, todos me desampararon. No se les tome en cuenta” (v.16).

Pablo siente que su final está cerca y resulta que todos lo abandonaron cuando él más los necesitaba. Todos los de Asia con quienes Pablo había compartido, no solo el Evangelio de Cristo, sino su propia vida, lo habían abandonado cuando se vinieron los problemas (2Ti. 1:16). Esto es algo que tristemente deberíamos de estar acostumbrados. Pedro le dijo al Señor Jesús que nunca lo dejaría y que hasta daría su vida por Él, y cuando se vinieron los problemas huyó y hasta lo negó tres veces. Con mayor razón nos puede pasar a nosotros.

Pablo está enfrentando juicio en Roma. No sabemos los cargos que había en contra de él, pero sí sabemos los cargos de los que Roma acusaba a los cristianos. Los acusaban de revoltosos y agitadores porque no se sujetaban al César lo cual era mentira. Los cristianos eran respetuosos de la autoridad y de las leyes, pero no podían ver al César como un dios, ni adorarlo como dios; los acusaban de ateos porque no tenían imágenes para adorar; y ridículamente hasta los acusaban de caníbales porque comían el Cuerpo y tomaban la Sangre de Jesucristo.

El punto es que Pablo está compareciendo en la Corte y las personas que pudieron haber testificado a su favor no solo no lo hicieron, sino que además lo abandonaron dejándolo sólo a su suerte. Qué diferencia con Timoteo que sí estuvo con él cuando Pablo tuvo su primer encarcelamiento en Roma (Flp. 1:1,7). Estos de aquí lo abandonaron, es decir, se alejaron dejándolo a su suerte; nadie le ayudó. La ley romana hubiera permitido que él utilizara los servicios de un abogado y que pudiera presentar personas que testificaran a su favor; pero ninguno de ellos se presentó. Pablo se sintió solo.

Sin embargo, aunque seguramente sufrió una profunda decepción por todos ellos, en su corazón el Apóstol no guarda rencor y dice *“No se les tome en cuenta”*. Claro, porque Dios es testigo de lo que está sucediendo y nuestro Dios es un Dios de justicia. Me recuerda que lo mismo le sucedió

al Señor Jesús cuando lo tomaron preso. Marcos escribe: *“Entonces todos los suyos le abandonaron y huyeron”* (Mc. 14:50). Y en la Cruz el Señor dijo: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen...”* (Lc. 23:34a). Pablo, como buen imitador de su Señor tiene la misma actitud de su Maestro.

“Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león”
(v.17).

Sí, Pablo estaba solo, pero no completamente solo. El Apóstol encontró un remedio a su soledad y a su dolor, decepción y frustración que seguramente estaba sintiendo, al saber que la presencia del Señor estaba con él. Pablo no estaba completamente solo aunque pareciera que sí. Pablo lo sabía y lo sentía; Dios estaba a su lado y eso cambia por completo las cosas. Así el Señor lo liberó de *la boca del león*, lo cual quiere decir que lo libró de un peligro extremo o mortal, es decir, lo libró de la muerte. En Pablo se cumple la promesa de Isaías: *“No temas, porque Yo estoy contigo. No tengas miedo, porque Yo soy tu Dios. Te fortaleceré, y también te ayudaré. También te sustentaré con la diestra de Mi justicia”* (Is. 41:10). Pablo dice que el Señor le dio fuerzas; la palabra *fuerzas* tiene el sentido de empoderar a alguien para hacer algo, y Pablo sabía que todavía tenía una misión que cumplir. Dios con uno hace la diferencia; Dios con uno somos mayoría. Si Pablo no creyera que el Señor estaba con él en ese momento tan difícil, hubiera caído su fe y hasta se hubiera arrepentido de seguir y de servir al Señor. Gracias a Dios, no fue así.

Pero notemos algo, la preocupación de Pablo no era su propia persona sino la obra del Evangelio. Pablo no le teme a la muerte física pues él sabe bien lo que le espera cuando ésta llegue; no le teme al martirio porque ya está acostumbrado. Pablo quería salir porque al abandonarlo todos, se podría comprometer el avance del Evangelio de las Buenas Nuevas de Jesucristo. Pablo quería salir libre porque quería seguir predicando la Palabra de Dios.

“Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su Reino celestial. A Él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (v.18).

Pablo no contaba con el apoyo humano en ese lugar, pero contaba con el favor de Dios y eso era más que suficiente para llenarlo de fuerzas, de valor y de ánimo y, por supuesto, para no perder el enfoque. Dios con Pablo era suficiente para alcanzar las metas. Por eso Pablo puede mirar hacia el futuro con confianza en Dios, lleno de esperanza. Pablo sabe que

no le pasará nada malo porque todavía le falta mucho por hacer para cumplir el propósito de Dios en su vida, y Dios lo estará librando de todo lo malo. Sólo cuando Dios terminara todo lo que quería hacer por medio de Pablo, podría él ser llamado para partir a la presencia de del Señor. Así es que, cualquiera que fueran los males que vinieran a su vida, ninguno de ellos lo podrán destruir.

Pero la frase “*toda obra mala*”, también puede referirse al querer rebelarse contra Dios. Sí, porque satanás aprovecharía la situación para sembrar en el corazón de Pablo quejas, corajes y hasta blasfemias por el hecho de estar en prisión por causa del Evangelio y abandonado por todos. El diablo quiere que piense que lo abandonó Dios y lo abandonaron aquellos por quienes Pablo tanto hizo. Pero el Señor no lo abandonó; siempre estuvo con él. Así es que el Señor lo liberó también de revelarse y hasta blasfemar contra Él cuando, en medio de la soledad, el dolor y el posible desánimo, sintió la presencia del Dios que le prometió no abandonarlo. Eso lo levantó más fuerte y seguro.

Es por eso que, sabiendo y creyendo todo esto, Pablo termina dándole toda la gloria a Dios. Pablo no estaba completamente solo; ningún pastor, ningún siervo de Dios está nunca completamente solo; ningún creyente está nunca completamente solo aunque todos lo abandonen. Todo pastor y siervo que trabaja en la obra del Señor, y todo creyente que ha depositado su fe en Cristo, debe dar la misma respuesta de Pablo, debe mostrar la misma actitud del Apóstol y debe de decir con firmeza: “...A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Conclusión.

Dicen que la soledad es mala consejera y es verdad; por supuesto me refiero a la soledad prolongada ya sea voluntaria o involuntariamente. Aunque parezca que sí, los creyentes en Cristo nunca estamos completamente solos. En primer lugar, Dios está con nosotros y es garantía de seguridad, protección, abrazo, provisión y amor. Eso lo podemos sentir en el alma, pero además siempre hay alguien cerca de nosotros, alguien puesto por Dios para tendernos una mano, para animarnos, para apoyarnos, para bendecirnos.

¿En dónde estaban Lucas, Tito, Timoteo, Tíquico, y todos los que menciona con cariño Pablo como sus colaboradores? Ellos no lo abandonaron, estaban trabajando en las diferentes iglesias de Asia;

estaban con él. Lucas, por ejemplo, estaba en Filipos (aunque al momento de escribir la Carta ya estaba con Pablo –v.11). Los que lo abandonaron fueron los que estaban en Roma. Al final del capítulo Pablo menciona los nombres de otros colaboradores (vv.19-21), todos ellos trabajando en la obra; todos ellos estaban con él, aunque no fuera físicamente. También dice que Crescente se fue a Galacia, Tito a Dalmacia y Tíquico a Éfeso (vv.10-12). Pablo no está completamente solo; los verdaderos colaboradores, los que compartían la misma pasión que él por Cristo, todos estaban fielmente trabajando en la obra, todos estaban con él.

Nunca estamos completamente solos; el problema es enfocar demasiado en los que nos abandonaron y no prestar atención en los que siguen firmes y en los que van llegando a nuestras vidas. Los que nos abandonaron ciertamente nos duele, pero no podemos hacer ya nada por ellos, solamente orar. Pero los que están y los que van llegando son el refrigerio que Dios nos da para continuar adelante; ellos requieren y merecen toda nuestra atención completa y en ellos hay que enfocar. Los que van llegando son un regalo de Dios para nuestras vidas. Por ellos hay que seguir trabajando llenos de ánimo y son un excelente motivo para agradecer a Dios cada día. No enfocar así es ser desagradecidos con Dios y despreciar sus bendiciones. Es querer vivir en frustración, amargura y depresión.

Como Pablo, nosotros tampoco juzguemos a quienes nos han abandonado en algún momento; ellos tuvieron su aportación y fueron de gran bendición. También por ellos hay que estar agradecidos con Dios y bendecirlos, y si en algún momento regresan, hay que recibirlos con mucho entusiasmo y cobijarlos de amor.

Lo interesante de esto es que la Palabra aplica no solamente en el ministerio, sino en la vida personal de cada quien. En nuestra vida personal también sufrimos muchas veces el abandono de los más cercanos, los más queridos, de los que más hemos ayudado. Estamos tan centrados en esto que nos produce coraje, frustración y hasta depresión. Pero no vemos a aquellos que siguen firmes con nosotros y los que van llegando a nuestras vidas como un regalo de Dios. En ellos debe estar nuestro enfoque.

Así es que no hay razón para el desánimo y la frustración, sino que debemos seguir adelante con la mirada puesta en Jesucristo, sabiendo



que nunca estaremos completamente solos, que Dios siempre estará con nosotros y que ha dispuesto de hermanos y hermanas, amigos y amigas que nos acompañan, que nos aman, nos animan, nos alegran y nos fortalecen, que son instrumentos de Dios, que son un regalo de Dios. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén... Vamos a orar...